

A PROPOSITO DE PAEZ

Consideramos precisar, a propósito del General José Antonio Páez, unas cuantas cosas. Unas de un orden. Otras de otro. Unas y otras resultan, indiscutiblemente, apasionantes. El hombre nació, por ejemplo, en 1790. Era siete (7) años menor que el Libertador, Fue llanero por los cuatro costados. Se formó como llanero; vivió como llanero; actuó como llanero. Y realizó su peripecia vital, biográfica, histórica en dos grandes capítulos. Un capítulo épico, el de la independencia, que le demandó cuarenta (40) años. Los que corrieron entre el 1830 y el 1873.

El capítulo épico de Páez resulta extraordinario. El fue una fuerza atada, indudablemente, de la naturaleza. Como guerrillero, tuvo más intuición que talento. Así, consteló su historial de victorias impresionantes: Mata de la Miel, Yagual, Mucuritas, Las Flecheras, Las Queseras Medio, Carabobo, Puerto Cabello. Estos hechos le abrieron el escalafón militar: Sargento, Capitán, Teniente coronel, General en Jefe. Estos hechos le abrieron la puerta grande de historia Patria. Páez es uno de los próceres mayores de Venezuela. Quizás la independencia no hubiera sido posible sin él. Y el prócer que hubo en él culminó en Carabobo. Ahí concluyó el capítulo épico. Y se inauguró su desgracia. A Páez, al parecer, los dioses le tuvieron tirria. Lo dejaron sobrevivir a Carabobo. Páez, dice Guillermo Morón con exactitud cabal, "vivió más de la cuenta".

El capítulo grotesco de Páez comienza, lamentabilísimamente, en Carabobo. Para comprenderlo en toda su dimensión, debemos tener presente al Libertador. Este, después de Ayacucho, nos repitió, no lo olvidemos nunca, que temía más la paz que la guerra. El corazón, que no falla nunca, le avisaba todo lo que venía. La ociosidad de los próceres, que era el encrespamiento de los partidos; que era, a la vez, el surgimiento de los intereses personales; que era, en suma, el nacimiento del caudillismo. Ahí está Páez para demostrárnoslo.

Porque, ya sobre el 1830 poco más o menos, Páez agotó el ejercicio de los más abominables vicios políticos. La deslealtad absoluta: traicionó, sin dársele nada, al Libertador; traicionó la Gran Colombia, al alzarse con la patriecita venezolana. El caudillismo desorbitado: se sintió el dueño y señor absoluto del país. La arbitrariedad completa: la Constitución le sirvió para todo, como dijo alguno de sus continuadores. El famoso providencialismo: se creyó siempre asistido de poderes suficientes para todo. El no menos rampante lagartismo: se declaró capaz de resolver, como quien no quiere la cosa, todos los problemas de Venezuela. El ladronismo militante, que llaman peculado: "Páez, nos vuelve a decir Morón, era un hacendado cuyos títulos de propiedad tenían corta data: fueron adquiridos con su lanza". No tanto, aclaramos nosotros, la lanza épica, cuanto la lanza grotesca. Y el concubinismo cuasi oficial, que, en su caso, no tuvo cortapisas de ninguna especie.

Las dos personalidades de Páez son, pues, claras. El prócer culminó, a punta de heroicidades increíbles, en Carabobo. Para llegar tan alto, puso en juego las mayores virtudes de que podía echar mano: la inteligencia, la astucia, la corazonada, el arrojo. El gamonal, en cambio, culminó en la dictadura de los años postrimeros, a fuerza de vicios. Para llegar tan bajo, puso en juego todos sus recursos personales: la simulación y el descaró; la traición y la ambición. En síntesis: la

inmoralidad absoluta tanto en lo público le importaba un bledo la república. Y la inmoralidad absoluta en lo privado le importaba un bledo el prójimo, la sociedad, la patria.

¿Con cuál de los dos Páez nos quedamos? ¿Nos quedamos con el prócer de la independencia? ¿Nos quedamos con el caudillo de la república? He aquí, sin irnos demasiado lejos, la tragedia política de nuestra patria. Consiste esta tragedia en que Páez, en cuanto que gamonal, hizo escuela. Y ésta se prolonga hasta nuestros días. Los discípulos son legión: el primer Monagas, el segundo Monagas, Castro, Falcón, Guzmán Blanco, Linares Alcántara, Crespo, Andrade, que cierra el siglo XIX. Pongan ustedes, de entonces acá, a los que sabemos de nuestra era dizque democrática. Los continuadores de Páez son bastantes, así militares como civiles. La tragedia que decimos la precisa, en dos trazos, Tomás Polanco Alcántara en sus "Once Maneras de Ser Venezolanos". Al referirse a nuestro hombre, expresa el ilustre biógrafo que no sabe por qué, entre la personalidad de Páez y la del venezolano en general, hay increíble coincidencia. Nadie, que sepamos, nos había precisado la tragedia nacional de modo tan brutal.

Notemos que, en la historia de la república, nadie se inquieta por Mendoza, ni por Bolívar, ni por Vargas ni por Tovar, ni por Rojas Paúl, ni por Andueza Palacio, ni por Gallegos, ni por Caldera. El venezolano en general se inquieta por todos aquellos, ya militares, ya civiles, que tienen algo aunque sea poco, de Páez. Y pensar que, al margen de tamaña actitud, la república ha tenido sus cuatro puntos cardinales, todos indestronables Simón Bolívar, que nos legó la independencia; Juan Vicente Gómez, que nos dio la paz; Isaías Medina Angarita, que nos enseñó la democracia y Rafael Caldera, que nos asomó, por primera vez, al humanismo.

La vida, para cerrar con broche de justicia, nos ofrece sorpresas formidables. La estatua de Páez de El Paraíso, en Caracas, exalta al prócer y el prócer se la merece. Pero la estatua de Páez de La Ermita, en nuestra ciudad de San Cristóbal, represento al gamonal. Es tan abominable artísticamente, tan grotesca, que Páez se la merece de punta a punta. Tanta justicia puso en órbita el primero como el segundo de los escultores. Tales dos Páez, dicho sea con verdad, no parecen ni siquiera prójimos